

The background of the cover is a photograph of a group of people sitting around a table, possibly in a meeting or a classroom. The image is heavily stylized with a red and cyan color filter. The text is overlaid on the upper part of the image.

FILO EN LÍNEA

PENSAR LA VIRTUALIDAD

COMPILADORAS:
EUGENIA GAY
CELIA SALIT
ALICIA ACIN

Filo en línea.

Pensar la virtualidad

Eugenia Gay
Celia Salit
Alicia Acin

(Comps.)



Palabras de Cierre

*Por Flavia Dezzutto**

Muchas gracias primero a las compañeras que han expresado su palabra y que, por lo menos a mí, me han aportado una enorme cantidad de elementos que son más que necesarios, indispensables. Y reitero lo que voy a decir cuando termine de intervenir, que es el agradecimiento a las organizadoras, organizadores, compañeras que están en esta comisión y a nuestros compañeros y compañeras no docentes y a toda la gente que armó sus propuestas, participó de todas las mesas; a quienes coordinaron y a quienes asistieron. Me parece que ha sido, es -y seguramente tiene un futuro esta experiencia- algo que, en un contexto donde es un poco complejo poder ver una promesa, es muy promisorio. Y no en el sentido banal, sino concreto, colectivo, constructivo, potente.

Quiero hacer un comentario que tiene tres ejes: el primero, me parece, y aprovechando además lo que ya se ha expresado, es volver un minuto sobre el título de las jornadas. Justo yo pensaba ir por ahí, quizá por lo que hago, que es filosofía antigua y un poco de cristianismo antiguo y medioevo, en los que la idea de “naturaleza” es construida. Los inventores de ese concepto son filósofos - y también filósofas, claro -, que yo estudio. O sea que también los procesos de naturalización son construcciones. En todo caso, se trata de la disputa entre las ciencias sociales - que estaban naciendo y que jus-

*Decana de la Facultad de Filosofía y Humanidades, Universidad Nacional de Córdoba.

tamente por eso las ponían en cuestión - y las ciencias naturales decimonónicas. Disputa que nos advierte respecto de la naturalización. Siempre me gusta pensar que el primer cuestionamiento a la naturalización fue un cuestionamiento a la propiedad privada, cuando en el *Discurso sobre la desigualdad de los hombres* se dice: el primero que puso cuatro estacas, marcó un terreno y dijo “bueno, esto es mío”, proclamó como natural algo que en realidad era construido. No es menor que el asunto empiece por la propiedad.

Considero que, cuando pensamos en un debate sobre virtualidad/presencialidad y sobre los peligros de la naturalización de la virtualidad, pensamos en esta última como una construcción que se nos presenta, y ahí surge la idea de naturalización como algo dado. Y que además no sólo está presente, sino que está como una solución y que es una solución a males de la presencialidad. Porque, como dijo hoy una compañera más temprano, esta virtualidad es una virtualidad pandémica, con todas las complicaciones, los dolores y dificultades que podemos mencionar a nivel personal y de nuestras comunidades de pertenencia: familiares, amistades, de nuestra comunidad como pueblo, como país y de nuestra humanidad. Pero sabemos muy bien que la virtualidad como tal (vale decir, la educación que se desarrolla en medios virtuales) es una realidad preexistente. Lo que ha sucedido, y sobre todo le ha sucedido a la educación en general y muy en particular a la educación pública y a la universidad pública, es que esa mediación o esa forma de la mediación se ha generalizado.

Quiero advertir acerca de un concepto que circula respecto de la noción de virtualidad. Ustedes saben que el antónimo de virtualidad es realidad/ actualidad/ presencialidad. Yo creo que la virtualidad, en los términos en los que la estamos planteando, tiene una primera acepción que está ligada a la noción de lo instrumental: nosotros nos servimos de una serie de instrumentos - inimaginables hace unas décadas, no muchas, poquitas décadas de hecho - en las que no hubiéramos tenido la tecnología para poner en escena todo lo que se ha puesto en escena durante este casi año y medio. Ese carácter instrumental nos lleva a no poner el carro delante de los caballos y ver que todo instrumento, como medio, requiere una reflexión acerca de su carácter en relación al fin, en relación a aquello para lo cual se creó,

el para qué de la virtualidad. Pero claro, ese para qué está inserto en un marco más general vinculado con la educación y, en particular, con la educación pública y con la educación superior.

Nosotros sabemos que ya existen modelos de educación virtual, desgraciadamente muchísimos, porque la educación - y la superior en particular - se entienden, además, a modo de fabricación de papeletos para el mercado. Ese formato de educación virtual con una conceptualización meramente instrumental ya existe, y se aplica en muchos lugares del mundo. Hay “universidades” que en rigor funcionan en un cuartito, es decir, que suponen un pequeño grupo de administración y una enorme red de individuos a los que se denomina profesores, pero que están en condiciones de hiper explotación, con el grado de separación de un *call center*, y un conjunto de estudiantes a los que así se denomina: estudiantes. Yo critico esos lugares ya que, en esa orientación, en rigor son usuarios o clientes de este tipo de comunicación, de un conjunto de conceptualizaciones en el mejor de los casos o, más precisamente, de habilidades para desempeñarse fraccionada, puntual y específicamente en un ámbito. Eso existe: hay grandes universidades que dividen y fraccionan. Recuerdo mucho las palabras de Juan Pablo Abrate cuando hablaba de la fragmentación educativa. Tenemos un “enseñadero” por abajo, que tiene estas características y esto creo que está en el corazón de la idea de esa mercantilización educativa que en el gobierno de Juntos por el Cambio quería imponer y que la conducción de nuestra universidad muchas veces defendió, y yo públicamente critiqué frente a aquellos que la defendían. Un gran enseñadero con esta idea de que la universidad “baja a capacitar” a personas para el mercado laboral y, por encima, fragmentado, desdoblado, separado, cortado, un espacio de élite. Pero aun ese espacio de élite es pensado para ser el sector dirigente intelectual de una sociedad no solamente fragmentada sino pauperizada y, yo diría, cadaverizada. La educación virtual ya existe en esos términos. Ya hay una enorme cantidad de capacitaciones, de cursos, de diplomas, de todo un poco, que se ofrecen dentro de ese formato a lo largo de nuestro mundo, incluida América Latina.

Yo quisiera distinguir todo esto de lo que hemos estado haciendo en nuestra Facultad, ya que en febrero del 2020, cuando quienes estábamos en gestión debimos discutir qué hacer, y al mes siguiente,

en marzo, se planteó el pase a la virtualidad, esa frase “pasamos a la virtualidad” fue objeto de numerosas discusiones. ¿Qué significa “pasarnos a la virtualidad”? es como si pasáramos de un cuarto a otro, ¿no? Significa que en esta primera aproximación de experiencia intentamos trasladar esa realidad que vivíamos cotidianamente en las aulas, en los intercambios de nuestro espacio, de nuestro territorio universitario, que es Ciudad Universitaria y nuestros pabellones, aunque va más allá de eso: son nuestros encuentros, nuestros diálogos, nuestras casas, quiero decir que no es sólo el territorio circunscrito de la ciudad universitaria sino que, sobre todo, quiero ubicarme en esa unidad fundamental que es el aula; eso que se trabajaba en las aulas, aunque no sólo en ellas, intentábamos ponerlo en escena en otro lugar.

Y entonces, dentro de nuestra comunidad educativa la Secretaría Académica, que jugó un rol fundamental en este proceso e intervino de inmediato, debió ponerse a pensar un conjunto normativo junto con el Consejo de Directores y Directoras, con la gente de la gestión, con las áreas de Tecnología Educativa y Enseñanza y más (procuró circunscribir para ver qué significó este “pasar”). De modo tal que rápidamente nos pusimos a pensar y elaboramos una normativa que intentó ordenar este proceso. ¿Qué significa ordenar? Se trató de ofrecerle a nuestra comunidad orientaciones acerca de hacia dónde intentábamos ir en asuntos tan medulares como el modo en que cada docente trabaja su programa, qué hace un estudiante con sus evaluaciones y su condición, qué sucede con los diferentes tipos de normativa que en nuestra casa procuraban cumplimentar aquello que llamamos inclusión, y que yo prefiero llamar justicia educativa.

Como todos sabemos, nos encontramos con gran cantidad de aciertos y otros tantos conflictos, algunos de los cuales tuvimos que ir saldando. Intervinieron entonces el Centro de Estudiantes y la Secretaría de Asuntos Estudiantiles para evaluar la situación y comprendimos que, como no todos los estudiantes habían podido “pasar de sala” tan inmediatamente, esto es, conectarse fácilmente y en condiciones mínimamente razonables, era importante implementar alguna normativa, que resultó ser aquel certificado - el “CURA”, con ese nombre gracioso -, para atender a aquellas personas que no habían podido incluirse en la virtualidad de inmediato y para quienes

debíamos dar algunas alternativas evaluativas, de modo que pudieran alcanzar alguna de las condiciones previstas en nuestro régimen estudiantil. Y esto también causó muchas discusiones en nuestra comunidad - no seamos hipócritas -, porque hay algo que aún está pendiente de discusión, que son nuestras condiciones de trabajo como docentes, que para mí han sido muy poco discutidas; así como las condiciones de estudio de los estudiantes como estudiantes, y las condiciones de trabajo de nuestros compañeros y compañeras trabajadores (así llamados, aunque no me guste) no docentes. Se puso allí en escena todo lo que se pone en escena cuando en una comunidad educativa lo que sucede no es que comienza a hacerse algo diferente de lo que se hacía, sino que se cambia de modalidad. Ahora, ese cambio de modalidad no puede ser reducido a un criterio instrumental, como bien lo ha explicitado Gloria Edelstein en su presentación, sino que el instrumento nos desafía en otros sentidos, y con eso voy al segundo eje.

¿Qué es entonces la realidad? ¿Qué hemos hecho hasta ahora? ¿Recuerdan cómo nos indignábamos - con enorme justicia - cuando algún que otro funcionario sostenía que hasta ese momento no se había hecho nada, que recién ahí se iba a empezar a dar clases, cuando se iniciaran algunas tareas presenciales? Entonces nos preguntábamos: ¿Qué hemos hecho todos y todas las que trabajamos en la comunidad educativa? Y cuando digo trabajamos, involucro también a los estudiantes y a las estudiantes, en cuanto a su dedicación, a su ritmo, a todo lo que implica estudiar, que es poner la vida, la cabeza y la energía ahí. ¿Qué es lo que estuvimos haciendo entonces todos y todas? Y en este punto: ¿cuál es la realidad de la virtualidad?

Me parece que necesitamos profundizar el sentido de esa realidad, porque también hubo una disputa sobre la presencialidad, hubo un momento donde de repente gente a la que jamás en la vida le interesó en absoluto el Sistema Educativo Argentino - y muchísimo menos el sistema público de educación - planteó que debíamos volver a la presencialidad, en este caso sobre todo en los niveles iniciales, primario y medio. Ahora veo también algunas iniciativas que me preocupan, porque se asemejan al planteo de esa gente, a la que se le ocurría que debíamos volver a la presencialidad en el momento en que la segunda ola estaba escalando hacia su pico. Era una presenta-

ción del problema de la presencialidad más o menos en términos de “presencialidad o muerte”, uno de esos hermosos lemas que la derecha argentina sabe forjar; en este caso, sería “presencialidad y muerte” porque decíamos “presencialidad” cuando en nuestro país todavía, lamentablemente, a pesar del avance de la vacunación, teníamos centenares de muertos y decenas de miles de contagiados por día. ¿De qué presencialidad se trataba entonces? En rigor de verdad, virtualidad y presencialidad – y aquí voy a decir lo obvio – es política.

Aquí es donde pasamos, vamos a decirlo (discúlpennme, perdónneme) hegelianamente, de la forma al contenido. En este tiempo he tomado muchas de las cosas que decía María Saleme. Me identifico con ella por dos razones: en primer lugar porque ella, al igual que yo, no era de Córdoba, era tucumana y luego, porque ella era una persona que tenía, como yo he tenido, o aspiro a tener en cuanto pueda distribuir mis tareas de vida de otra manera, una fuerte militancia, un nacimiento a la militancia social, a la educación popular... entonces eso te da una mirada, uno se arrima también a ese sistema de afinidades. Cuando empezó la pandemia, nosotros teníamos un asunto con los intelectuales que decretaban (y continuó con la cuestión de la profundización de la realidad, porque virtualidad y presencialidad para mí son realidades que en este momento tenemos que discutir; una profundización sobre el sentido de la realidad), teníamos gente que decretaba desde la muerte del capitalismo hasta que más o menos nuestra vida se iba a automatizar de tal modo que íbamos a tener que lidiar con la mosca eléctrica; o que, por el contrario, el capitalismo (y esos parecen haber sido los mejor orientados) se las iba a arreglar para meternos a todos adentro nuevamente y chupar como una suerte de monstruo de ciencia ficción – bajo una mirada de la que enseguida voy a hablar, que es la mercantil – cualquier cosa que pase, y por eso vuelvo a decir que virtualidad y presencialidad son un problema de discusión política, y diría también ideológica, cuando eso se une y no se desune. Fíjense que aparecían intelectuales diciendo esto, y nosotros estamos en la facultad de humanidades, entonces transmitimos ideas, discutimos una serie de cuestiones y las transmitimos en las aulas, y es súper importante lo que transmitimos en las aulas cuando teorizamos sobre esto también, que creo que es algo que todos y todas hemos hecho. Y a María, en una entrevista,

realizada por María Elena Dalmas, le preguntaban por el intelectual, y ella decía: “el intelectual hoy está obligado a ver que se vienen miserias en forma fina - me encanta esa expresión, estamos hablando de la crisis neoliberal de los noventa-, inclusive en formas pedagógicas, y está obligado, creo, a decir su palabra. No nos callemos, es decir, no se callen ustedes, se los dice un lego - María se corría de ese lugar - Pero en algún momento se lo van a empezar a decir entre ustedes, creo. Cuando las cosas, como suele decirse, cuando las velas no ardan, entonces los intelectuales van a empezar a saber que el conocimiento es para algo, que el conocimiento es para alguien, que el conocimiento es para poner sana a la gente, no para ponerla inconsciente, o sea dormida”.

Bueno, me detengo aquí un minuto: el conocimiento, vale decir nuestro trabajo, la enseñanza, el aprendizaje, las prácticas docentes, las prácticas de estudio, la reciprocidad de nuestra experiencia en esta comunidad, que supone también ese amplio tejido de compañeros y compañeras que, en tareas de gestión, administración o mantenimiento, configuran esta comunidad, todo esto, es para alguien y para algo. Entonces el sentido de profundizar la realidad de esta discusión virtualidad/presencialidad es que supone la pregunta: el para alguien y el para algo. Y que esto es para despertar a la gente, quiero decir, despertar y despertarnos. Se trata de la atención que describía yo y también Gloria hace un momento. Y a los elementos que las oradoras anteriores describían respecto de cómo han sido las experiencias docentes y estudiantiles y con qué nos hemos ido encontrando. Atención, y no una suerte de cuestión narcótica en la cual aquel verbo “pasar” de una cosa a la otra, parecería ser una especie de acto irreflexivo, un acto que simplemente supone un isomorfismo entre modalidades, en donde podemos reproducir “experiencias”. La experiencia humana - personal o colectiva - no se reproduce, no hay manera de hacer eso; entonces aparecen las preguntas por los sentidos: para algo, para alguien.

Hay otro tema que me parece muy importante: todo esto acontece en la parte que nos toca, en la universidad pública. Una universidad pública que tuvo que llevar adelante sus procesos en entornos virtuales tiene que conservar las notas de la universidad pública: la autonomía, la gratuidad, el cogobierno, el carácter libre de la ense-

ñanza. No podemos, de repente, olvidar esto. Por eso, nuestra Facultad, como bien dijeron Leandro y Cecilia, considerábamos todo tipo de opciones y, cuando no las teníamos, convocábamos igual a los consejeros y consejeras, en el caso del Directivo sobre todo, que tiene este poder de maniobrabilidad. Nos importaba muchísimo el cogobierno, porque la universidad pública argentina es cogobernada, aun cuando ese cogobierno para mí, como muchos saben, tiene límites: los números están mal repartidos, ningún claustro debería tener la mayoría ¿no? Y además está muy mal cogobernada para el caso de nosotros los docentes, que nos dividimos en estamentos como si siguiéramos el antiguo régimen; y pésimamente gobernada para los no docentes que tienen un porcentaje irrisorio y vergonzoso, los números están mal puestos. Pero, así y todo, el cogobierno, la posibilidad de saber que esto no es un problema de un sólo claustro, es de todos.

Luego viene el problema de la autonomía. Nosotros nos estamos manejando con las plataformas de Google. Vamos a ver cuánto nos van a cobrar en septiembre. Una discusión fuerte que se instaló entre los decanos y las decanas y el señor rector fue la discusión acerca del fortalecimiento de esto que en nuestra facultad era una bandera: el área de tecnología educativa, las plataformas educativas, las aulas virtuales. Hoy más temprano decía Marta Philp, y me gustó mucho la divisa: “más aulas virtuales, menos SIGEVA”, en nuestro horizonte de inteligibilidad del mundo. Me parece muy bueno eso. Entonces, también hay una discusión si hablamos de virtualidad, y no sólo de eso, pero también, por los espacios en los cuales hemos mediado esto; porque sabemos que esa discusión sobre virtualidad y presencialidad nos va conduciendo a otras y a otras y a otras... Bueno, ¿cuál es el marco de autonomía en el cual nos hemos manejado y nos manejamos?

Luego está el carácter libre de la enseñanza. Ustedes saben que hay un enorme debate, que a mí me parece que deberíamos profundizar, sobre la libertad de cátedra. Evidentemente, la libertad de cátedra supone que la cátedra es libre, aunque pareciera que el único libre es el jefe de cátedra, y no es esa la libertad de cátedra, no es esa la enseñanza libre. Así que voy a establecer una disyunción entre libertad de cátedra y libertad de enseñanza, en el sentido que la li-

bertad de uno solo no es libertad. Los griegos, mis griegos, lo sabían. Las libertades colectivas suponen el proceso de articulación y de colectivización: justamente el para algo, el para qué y el para quién. Me parece que nosotros, en el caso de la Facultad, tratamos de llevar adelante un proceso de discusión sobre cómo plantear modificaciones en los programas, en las evaluaciones y en muchas cosas, que en algunos casos fue suficiente y en otros fue insuficiente. Y eso nos interpela no en tanto individuos: “éste es malo y aquél es bueno”, sino que nos interpela como ciudadanos y ciudadanas universitarias, no sólo como estudiantes y docentes o no docentes: nos interpela como miembros de esta comunidad en la que hemos decidido participar, una comunidad que piensa la libertad de enseñanza. Y la libertad de enseñanza ¿dónde se materializa si no es en el aula, en los programas, en la evaluación, en la mirada con la que articulamos todo ese conjunto con esta sociedad en la que estamos?

Finalmente, la cuestión de la materialidad. Todo esto ha transcurrido en nuestras vidas, en nuestras casas, en nuestros mundos vitales. La primera vez que yo la escuché a Gloria hablar (no recuerdo en qué estaba participando, si en un panel o daba una conferencia) en contexto de virtualidad, ella habló de las trayectorias, de esto de escuchar las trayectorias vitales, los relatos de las personas. Como decana, pero también como profesora de una materia de primer año en el primer cuatrimestre, de una materia de área más chiquitita en el segundo y como colaboradora el año pasado en teoría política clásica en la Facultad de Sociales, que es una materia de primer año, ha sido muy interesante, muy poderosa para mí y para mis compañeros y compañeras de cátedra, la devolución que los y las estudiantes nos iban planteando, y nos siguen planteando, de lo que les iba pasando. Ha sido, para mí, asombrosa, y a veces un poco perturbadora, incluso pensando: “la pucha: ¿Esta importancia tenemos nosotros en la vida de la gente?” Con lo cual hay una cuestión que me parece clave en ese sentido, en este lugar de la materialidad que existe en la virtualidad, creo que es central una profundización del sentido de esta realidad. Hay elementos que hacen a políticas institucionales: elementos de justicia educativa, de justicia curricular, y una enorme cantidad de elementos que intentan, para decirlo de modo simple, no cerrar las puertas, no tirar gente como si fuera lastre por fuera de

la borda en un momento que sabemos que es crítico, porque es una virtualidad pandémica. Pero también hace a una suerte de reconocimiento de cierta dimensión de nuestro trabajo, de cierta dimensión material viviente de nuestro trabajo, de lo primero que las humanidades hicieron en este mundo. Lo primero tiene que ver, o es, eso de lo que siempre hablaba María: la palabra, el silencio y la conciencia.

Empiezo por la palabra. Voy a leer, de esta misma entrevista, un pasajito en el que ella habla de un trabajo que le tocó hacer en Catamarca: “Y ahí fue, en la precordillera con comunidades y con escuelas de la zona, donde descubrí, es decir, volví a descubrir que el chico – hablaba de un muchachito de esas escuelas – con sus manos, aprendía. Y eso es una cosa que nos hemos olvidado aquí en la escuela, que el aprendizaje viene por las manos, eso lo tienen los pueblos más antiguos. En Catamarca, un chico campesino de Catamarca, armaba en arena mojada, a veces con su propia saliva, armaba las letras y podía él mismo leer lo que había escrito. Así comienzan, después va el papel, después les ordenaron el papel, pero la madre de la escritura está en la tierra, yo quiero decirles eso. “Las palabras que nosotros armamos en nuestra comunidad educativa, en las aulas, en los intercambios de investigación, de extensión, de gestión ¿Dónde las armamos? ¿En qué materia? ¿En una materia nutricia? ¿En una materia común? ¿En una materia que empieza por ser de todos y todas? ¿Cómo se arma la materia en nuestras palabras? ¿En qué lugar encuentra su raíz? ¿Cómo se hace inteligible para todos y todas? Porque si la idea es que la materia de nuestras palabras va a ser la materia de un nicho de *electi* vaya a saber por qué poder superior, entonces estamos en problemas. Pero si la materia de nuestra palabra puede resistir esa especie de prueba de calidad y armarse con la saliva y el barro de la tierra, y modelarse con las manos, quiero decir, con las vidas de las personas y de los colectivos que estamos involucrados en esta tarea, entonces sí se aprenderá. Y, como sabemos, el “aprenderá” aquí se ensancha. No son solamente los y las estudiantes, somos los y las docentes, los y las trabajadores de la Facultad, y nuestros egresados y egresadas, en lo que podamos intercambiar.

Finalmente, hay algo que sabemos que está sobre la mesa hoy: en medio de la incerteza, se habla de aulas híbridas, se habla (el Rector de nuestra Universidad lo ha dicho cientos de veces) de que esta

experiencia de la virtualidad demuestra que en pocos meses toda la universidad puede pasar a la virtualidad y ya está, y creo que en todas las sesiones de estas jornadas se ha matizado, se ha refutado y se ha discutido esa afirmación hasta el límite máximo. Pero sabemos que nosotros veníamos de una discusión acerca de un modelo de educación mercantilista; no es que nos hayamos ido de esa discusión. Y sabemos que la virtualidad, en su carácter instrumental y en determinado tipo de posibilidades que ofrece, tiene una marca que está ligada a este carácter homogeneizador que el capitalismo le otorga a cualquier producto colectivo, y que justamente la universidad pública pugna por resistir en todo momento: no dejarse homogeneizar, sobre todo nosotros y nosotras en nuestro campo de las humanidades. Entonces me parece que hay ahí, otra vez en esta profundización del sentido de la realidad, un trabajo muy fuerte por hacer. Creo que este trabajo tiene que ver con una profundización del sentido de la realidad, con la posibilidad de tensionar a través de nuestras prácticas y conceptualizaciones, que justamente no narcoticen, sino que despierten y provoquen atención a nuestras comunidades y con otros actores y actrices sociales con los que permanentemente discutimos. Extremar esa atención, extremar esa profundización del sentido de la realidad y también imaginar. Imaginar en este sentido que tiene la imaginación de mediar lo universal y lo singular, soñar si ustedes quieren. ¿Por qué? Porque si nosotros nos quedamos con el horizonte de lo posible en el marco en el que estamos, donde siempre jugamos en territorio hostil, para decirlo de alguna manera, nos arrastra la corriente.

Pero creo que si nosotros extendemos las fronteras, con estas claves de profundización del sentido de la realidad que intenté plantear en mi lectura de esta atención que hoy tenemos sobre la mesa, si extendemos estas fronteras, si imaginamos... - Yo tengo una teoría, y es que nosotros hacemos menos de lo que podemos, por domesticación, y no tiene que ver con el problema de la potencia o la impotencia. Porque esto es una potencia colectiva, no depende de uno - ...entonces bueno, soñemos, corramos los límites de la imaginación y, sobre todo, huyamos del peligro de la transparencia, de esa ilusión de transparencia, de que todo está clarito y de que las cosas así más o menos están bien, y el que se queda, se queda; el que se

cae, se cae; lo que se transmite, se transmite, y lo que no, en algún costado de la historia alguien lo encontrará, como si la historia no estuviera tensionada por terribles y profundos conflictos. Por eso dejo la palabra con un poema muy breve de una poeta portuguesa que a mí me encanta, ustedes saben que yo sin poesía no soy nada, y se llama Sophia de Mello Breyner, y el poema se titula *De la transparencia*:

“Señor líbranos del juego peligroso de la transparencia
En el fondo del mar de nuestra alma,
no hay corales ni conchas
sino sofocado sueño
Y no sabemos bien qué cosas son los sueños
conductores silenciosos,
canto sordo que un día súbitamente emerge
en el gran patio liso de los desastres”

Bueno, gracias compañeras y compañeros.